

Los santos de Asia pintan arco iris para los
 [niños de las escuelas;
 y las santas, que ya no rezan, tejen cre-
 [púsculos
 con sedas blancas, rojas y lilas,
 para las muchachas de dolientes y grandes
 [ojos.
 Del polo frío regresan pastores con baladas
 [heladas y palomas muertas.

El viento Sur, ágil, alegre; estribo de plata,
 [brida tendida,
 galopa por entre los astros arreando estre-
 [llas.
 Viento Sur: Verde naranjo. Heno marítimo.
 Arlequin de los tejados y las praderas. Gru-
 [mete sidéreo.
 Macho cabrío que olfateas en el huerto noc-
 [turno de las mujeres.

ZOILO ESCOBAR

Valparaíso

¡Cerros de Valparaíso!
 ¡Valparaíso!
 Litoral de acuarelas,
 y espuelas de tus vientos,
 y el contenido mágico
 de la topografía de tus cerros:
 ¡Cada uno es un poema! . . .
 ¡Cada uno con su carácter
 y sus heroísmos desconocidos;
 y sus Romeos y sus Julietas;
 y sus adivinas y sus iglesias;
 y sus muchachas florecidas
 como los duraznos
 y las acacias! . . .

¡Valparaíso!
 He aquí lo que piden
 los artistas y los poetas
 con tanto afán de cielo! . . .

Piden!
 Un gran Consejo Arquitectónico
 para que todas tus colinas
 aspirantes a cumbres
 se planifiquen en su belleza;
 y para que se conviertan
 en una sucesión de rascacielos admirables
 Donde nada le falte al ciudadano:
 ni teatros,
 ni bibliotecas,
 ni auditorios,
 ni ferias, ni mercados,
 ni piscinas
 ni sitios de recreo,
 ni las escuelas de primera enseñanza,
 ni escenarios-salones
 para nuestro Teatro Nacional,
 para la música folklórica
 y para la vida deportiva!

¡Ah, nuestros cerros!

En donde no deben de faltar
 los sitios para el cultivo de las artes,
 de los oficios,
 y de las industrias!

Y en donde,
 a todas las Juntas de Vecinos,
 se deben entregar
 las más definidas
 y las más necesarias
 atribuciones funcionales
 para contribuir
 a la tranquilidad ciudadana!
 Así queremos verte
 ¡Cerros de Valparaíso!

Con tus rincones
 ofreciendo salud,
 con la abundancia verde,
 con el agua
 y el sol!

Y con tus calles
 de alegría creciente,
 y con tus casas
 con azoteas como si fueran palcos! . . .

¡Ah nuestros Cerros.
 Ahora con la esperanza
 de las invenciones que vienen
 desde el laboratorio.

Estas invenciones
 que no deben de ser
 ni para las guerras,
 ni para el odio! . . .

¡Ah, nuestros Cerros,
donde la fuerza atómica
algún día . . .
vendrá a servir al hombre,
y en donde
se moverán los ascensores
con la gracia y agilidad
de las gacelas a vuelo de pájaros! . . .

¡Ah nuestros Cerros
los que no deben recoger
el polvillo mortal

de las sorpresas tenebrosas,
de la miseria tenebrosa. . .
Ni en los días de amarillo dorado,
ni en las noches
con banderas de sueño,
ni cuando la luna
va en su viaje
con María
y Jesús,
y su borrico! . . .

De su libro inédito *Valparaíso*.

SARA VIAL

La ciudad indecible

Detén tu escaleras un instante
para alcanzar tu rostro,
después serás el vértigo o el humo,
hoy quédate en reposo.

¡Escapas desde el mar, no te detienen
las riendas del vacío,
¡en ti la gravedad es una rosa
de fresco devarío!

¿Qué fábula te enrosca a lo imposible,
qué cable te sostiene,
a qué urbanización de las estrellas
destinarás tus sienas?

Prefieres levantar sobre la espuma
tus altas propiedades
de polvo y vendaval, volando lejos
de las otras ciudades.

Con lápiz de arco iris te dibujan
los vientos de la infancia,
¡yo tuve allá diez años y una ausencia
parecida a las lágrimas!

Bajé del laberinto de los sueños
por tu costado de agua,
me puse como un rápido pañuelo
tu niebla en las mañanas.

Desciende de tus trenes un segundo,
detén tus ascensores,
no corras en el aire, suelta un rato
fugaz tus pescadores.

Quiero mirar tu rostro mar afuera
del cuerpo en que he crecido,
saber en qué terminan tus balcones
recién humedecidos.

Subida a tu desván estaré viendo
los viejos mascarones
que me contaste ayer, los volantines
antiguos, las visiones
de todo lo que fuera tu reflejo
distante, perseguido.
Detén tus escaleras un instante.
¡Quiero apresar tu olvido!

La ciudad indecible. Imprenta Victoria. Valparaíso, 1958.

ALEJANDRO GALAZ

Casablanca

Esa aldea tan vieja es un barco velero
que una recia tormenta arrojó a la llanura.
Hay en todas las cosas un dolor marinero
y en las almas labriegas una sed de aventura.
[ra.

Junto al puerto del alba, desde el muelle
[del monte,
yo miré muchas veces las pupilas aldeanas

navegar pensativas hacia el ancho horizonte
y llenarse de cosas imposibles, lejanas.

Cara al sol o a las nubes, en tormenta o
[bonanza,
con las manos asidas al arado bravío
y vaciando en los surcos tanta incierta espe-
[ranza,
cada obrero es un fiero capitán de navío.